SMB- Elogio de la cazadora. Escenas 5 y 6

5. Consultorio.

 *Estudio de televisión. Presencias sugeridas de cámaras y grandes micros. La mujer, muy a la moda. El locutor y su careta*.

LA MUJER.- Yo le diría a la mujer, a toda mujer, que se cuidara, pero que no se dejara obsesionar por ninguno de los cinco terrores femeninos.

EL LOCUTOR.- ¿Cuáles son los cinco terrores femeninos?

LA MUJER.- Los cinco terrores femeninos son el cáncer de mama, el cáncer de piel, los tumores cerebrales, el sida y… la infertilidad. Sí, la infertilidad, aunque a algunos les parezca mentira. Preferiría no tener que tratar en detalle ninguno de esos terrores. Al menos, ahora y aquí.

EL LOCUTOR.- ¿De veras crees que la infertilidad…?

LA MUJER.- Ya he dicho que puede parecer mentira, pero se dan casos…

EL LOCUTOR.- ¿Tú no tienes hijos?

LA MUJER.- Desde luego que no, qué cosas tienes.

EL LOCUTOR.- ¿Qué le dirías a una pareja que tiene un par de hijos en la siguiente situación? No es nada especialmente dramático, sino algo muy normal. El chico está enfermo muy a menudo. La niña ha conocido a unos drogotas, que la han iniciado… en todos los sentidos. Los dos están atrasadísimos en sus estudios.

LA MUJER.- Bueno, no sé qué le diría… (*Intenta desdramatizar; esto es, frivolizar*.) Tal vez les diría: “¡Ay, amigos, qué envidia me dais por ser padres!” (*Ríen ambos con estrépito*.) Oye, por favor, si te parece, pasamos a otro tema.

EL LOCUTOR.- Tienes razón. ¿Nos puede hablar de las novedades más llamativas de esta temporada?

LA MUJER.- Son muchas. Pero hay que ir por partes. Por ejemplo, el pelo. Una novedad realmente llamativa esta temporada es el pelo estilo Medusa. Desde luego, para llevar pelo medusa hace falta tener una melena larga. Todo empieza con el pelo mojado; mejor además si te los has lavado hace unos días, pongamos tres. Hay que repartir gel fijador desde la raíz hasta las mismas puntas. Se divide el cabello en mechones muy finos, se retuercen para así separarlos mejor, con lo que se crea una “tira de pelo”. Así, una y otra vez. Es muy laborioso y hay que tomárselo con tranquilidad. Cuando sea necesario, se vuelve a aplicar fijador.

EL LOCUTOR.- El pelo envejece, ¿no es así?

LA MUJER.- Ya lo creo que envejece. No es que le salgan patas de gallo o arrugas, no es eso. Lo que pasa es que con los años el pelo se hace más fino, más débil, más frágil. Pero hay algunas soluciones posibles. Hay especialistas que usan un microscopio electrónico y un sistema de análisis de reactivos para diagnosticar el estado del pelo y las causas de las alteraciones concretas que ese pelo sufre.

EL LOCUTOR.- Se refiere a causas de envejecimiento.

LA MUJER.- No sólo de envejecimiento, puede tratarse de carencias hormonales, vitamínicas, de minerales, cosas así… Hay que tener cuidado, porque el pelo de la mujer puede empezar a envejecer muy pronto, poco después de los treinta. Tengamos en cuenta que muy a menudo a los hombres, sencillamente, se les cae. La mujer puede poner remedio mediante determinado champús y acondicionadores que actúan sobre la raíz y sobre la fibra. La vitalidad se garantiza con complementos vitamínicos. Todos estos productos están en el mercado, pero lógicamente no sería ético hacer publicidad de ellos ahora.

EL LOCUTOR.- Y para terminar, ¿puede recomendar alguna lectura a nuestro público con vistas al verano?

LA MUJER.- Sí, pero sin decir nombres. Busquen en los kioscos una revista que anuncia un especial dedicado a culo, dietas y bañadores. Cuida ese culo, es esencial, a ellos les enloquece. Atención a esas dietas, que te son necesarias, que tal vez te son imprescindibles, pero no cometas errores irreparables. Atención a esos bañadores. Este verano tendrás poco tiempo para tumbarte en la toalla, porque tienes que lucir ese culo y esos bañadores, porque tienes que mostrar a todos –y también a todas- el resultado de tu espléndida dieta, de esa dieta que es todo un éxito porque se ha adaptado a ti y tú te has adaptado a ella; y te mostrarás en la playa, en la discoteca, en el restaurante, en el chiringuito, en el paseo marítimo, en el súper, arriba y abajo. Con el especial dedicado a culo, dietas y bañadores.

EL LOCUTOR.- ¿Y qué es lo mejor para desmaquillarse?

LA MUJER.- Habíamos dicho que era la última… En fin. Tomad nota, chicas, que es muy sencillo. Por la mañana, agua y jabón. Por la noche, productos específicos y concretos. Esto es lo que hay que hacer para presumir de piel, y lo demás son tonterías. Si queremos prevenir, hay que elegir con cuidado la textura del desmaquillante. No olvidemos que la espuma consigue una limpieza más en profundidad. Ojo, cada noche hay que utilizar un cepillo específico para la cara. Hay productos para pieles grasas y mixtas, aguas limpiadoras para pieles sensibles, espuma en crema que entre otras cosas elimina los quebrantos que nos inflinge la polución atmosférica. Y también hay espumas destinadas especialmente a los trastornos del acné.

EL LOCUTOR.- ¿Nos da alguna recomendación para los pechos de las mujeres?

LA MUJER.- Por el momento, basta con el culo, pelo y el arte de desmaquillarse. Las tetas, las trataremos otro día.

 *Cambio de iluminación. Desaparece todo lo que sugería el estudio de televisión. Desaparece también el locutor. Queda sola la mujer, pero ahora estamos en su ámbito. Se hacen nítidos los armarios. Gira uno de ellos y surge de él, a partir de su postura acurrucada, el latino. Ella no mira hacia atrás, es él el que se aproxima a ella y la acaricia*.

LA MUJER.- ¡César Alberto, mi amor…! (*Un beso leve, pero encendido*.) Sé quién es. Le he reconocido. Él cree que me ha engañado. Pero he sido yo quien le ha engañado a él. Quería acompañarme. Quería venir aquí. Seguro que quería ver los armarios giratorios. No piensa en otra cosa. Es capaz de todo. César Alberto, ten cuidado. Dará contigo. Te perseguirá. Te hará preguntas. Querrá saber si nos acostamos en Caracas, o en Isla Margarita, o al pie del Salto del Ángel. Tú no se lo digas. No me importa que lo sepa, pero tú no se lo digas. Yo se lo diré, y así sufrirá más. Pero si se lo dices tú, podría ser peligroso. Para ti. ¿Me comprendes?

 (*Silencio. Otro beso leve. César Alberto se sienta junto a ella*.)

EL LATINO.- ¿Quieres que vayamos a bailar?

LA MUJER.- Sí. Sí. Quiero bailar. Quiero bailar hasta el amanecer.

 (*Danza del latino. Insinuante, abigarrada. Pero breve*.)

6. Nuevo consultorio.

*Ruido infernal de tráfico a lo largo de toda la escena, pero sin que ello impida escuchar todos los parlamentos. Como si se tratara de un interior, un notario presenta unos documentos a la mujer. La mujer está sentada, y firma de vez en cuando un documento. El notario, de pie, vigila tras ella la operación de la firma*.

EL NOTARIO.- (*Señala uno de los documentos que ella va a firmar*.) Epístola de San Pablo a los Efesios. Las casadas tienen que estar sujetas a sus maridos, igual que al Señor; porque el marido es cabeza de la mujer, del mismo modo que Cristo es cabeza de la Iglesia y es salvador de su cuerpo. Y así como la Iglesia se halla sujeta a Cristo, las mujeres estarán sujetas a sus maridos en todo. Vosotros, maridos, amaréis a vuestras mujeres, igual que Cristo amó a la Iglesia y por ella se entregó para santificarla, y la purificó con el agua y la palabra, para que apareciera ante sí gloriosa, sin mancha o arruga ni nada semejante, sino santa e inmaculada.

 (*Silencio*.)

EL NOTARIO.- Así que ya lo sabes.

 (*Silencio*.)

EL NOTARIO.- Era San Pablo.

LA MUJER.- Dime, querido notario, ¿quién es San Pablo?

EL NOTARIO.- No puede ser… ¿No sabes quién es San Pablo?

LA MUJER.- Creo que lo supe. Pero lo he olvidado.

 (*Silencio*.)

LA MUJER.- Pero si dijo eso… Es imposible.

EL NOTARIO.- ¿Tú crees?

LA MUJER.- Imposible.

EL NOTARIO.- ¿Por qué?

LA MUJER.- No lo sé. Es imposible. ¿Acaso tú lo ves posible?

EL NOTARIO.- No. Pero yo sólo soy un notario.

 (*Silencio*.)

LA MUJER.- (*Se ha levantado. Se pasea de un lado a otro. Habla a su público, no al público de la sala, sino a “su público”*.) Pregunta. Un día, en casa, encontré unas cintas de vídeo. Eran unas citas domésticas, ya sabe a lo que me refiero. Puse una de ellas. Y qué me encuentro. Allí estaba mi marido. Había una mujer y otro hombre. No se trata de infidelidad conyugal, no es eso. Eso sucedió bastante antes de conocernos. Pero me repugna que a mi marido le estén rozando los genitales de otro hombre al mismo tiempo que la mujer le hacía una felación.

EL NOTARIO.- ¡Calla!

LA MUJER.- (*En adelante, como si él se hubiera marchado, como si estuviera sola y se dirigiera a otra persona*.) Mi marido se ríe, y dice que él no es bisexual, y que con esos dos sólo estuvo cuatro o cinco veces. Ya serán más, pero no creo que muchas más. Después se hartó de aquello, no le excitaba. No lo entiendo. En mi opinión, a un hombre que es heterosexual tiene que resultarle repulsivo algo así. Yo le pregunto y le pregunto, y él se ríe. O se reía. Porque ahora ya empieza a molestarle que le siga preguntando por aquello. Yo creo que todo esto lo único que hace es estropear nuestra relación, que hasta el momento era muy buena. No sé si estoy pasándome un poco.

EL NOTARIO.- Los maridos deben amar a sus mujeres como a su propio cuerpo. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama, y nadie aborrece jamás su propia carne, sino que la alimenta y la abriga como Cristo hizo con la Iglesia, porque somos todos miembros de su mismo cuerpo. Por esto, abandonará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán dos en una sola carne. Así, que ame cada uno a su mujer, que la ame como a sí mismo, y la mujer reverencie al marido.

LA MUJER.- Respuesta. No sabes si te estás pasando… Claro que te estás pasando. Te estás pasando demasiado. Cuando a un hombre le están haciendo una felación, ya puede pasarle por encima del pie un rinoceronte, que ni se entera. Parece mentira… Se ve que tu marido tiene una postura desinhibida ante el sexo. No debería extrañarte, ni chocarte, ni escandalizarte. Al contrario. Tendrías que estar encantada.

EL NOTARIO.- (*Indignado, cada vez más violento*.) ¡¡Calla!! ¡¡Calla!!

LA MUJER.- Si dudas, es porque quedan en ti restos de puritanismo. Pero hay una voz que te dice que sí, que tu marido es un hombre sano. Ahora bien, si le gustaran los hombres, ten la seguridad de que nada iba a frenarlo, viendo cómo es. Nada iba a impedirle estar con uno, o marcharse con uno y dejarte a ti o a quien se pusiera por delante. Deduzco algo de lo que me cuentas. Uno, que a él lo que le gustan son las mujeres. Dos, que a quien quiere es a ti. Y si te quiere a ti, es por algo. Por tu bien, olvida ese asunto de las cintas. No te amargues la existencia, no te estropees la vida. Porque te la puedes estropear, querida.

EL NOTARIO.- (*Con vehemencia*.) ¡Dice San Pablo: La fornicación y cualquier género de impureza y avaricia no ha de mencionarse siquiera entre vosotros, pues así conviene a los santos!

LA MUJER.- Pregunta. He descubierto que me estoy acostando con un hombre que está casado. Y él no me había dicho que lo estuviera. Lo he descubierto yo misma. No, no crea que estoy enamorada de él, no es eso, ni mucho menos. Lo que me gusta de él es la relación puramente sexual. Pero lo que no sé es cómo decírselo a él. Cómo decirle que lo he descubierto, que sé que está casado. ¿Y qué hago con su mujer? ¿Cómo se lo digo? Este hombre se me ha caído al suelo. Completamente. Es un cerdo mentiroso, merece un castigo. Tiene que castigarlo su propia mujer, que es a la que engaña. Dime, ¿qué puedo hacer?

EL NOTARIO.- (*Crispado*.) Pues habéis de saber que ningún fornicador, ningún impuro, ningún avaro tendrá parte en el legado del reino de Cristo y de Dios…

LA MUJER.- No puedes engañarte a ti misma de esa manera. Me parece evidente que ese hombre te importa demasiado, te interesa demasiado, es ya demasiado para ti. ¿Me equivoco? Lo que ahora sientes parece odio, pero es exactamente lo contrario. En este momento aprendes de manera dolorosa que esas relaciones que empezamos las mujeres sólo por el sexo acaban apropiándose de nuestro corazón. La rabia que sientes va dirigida a él, pero en realidad la diriges contra ti misma.

EL NOTARIO.- (*La agarra del cuello con violencia*.) ¡¡Calla!!

LA MUJER.- (*Se suelta, sin efusión, con total naturalidad. Para ella, el notario está ausente. Sólo está ahí su interlocutora*.) No te confundas. Abre los ojos. Ábrelos bien. Tienes que admitir esa parte de culpa que a ti te corresponde en el engaño a esa esposa a la que ni siquiera conoces. No la conoces, y tienes que seguir sin conocerla. ¡Hablar con ella! Pero qué locura. ¿No será que quieres colocarlo al borde del precipicio para que acabe eligiéndote a ti, para que abandone a su mujer por ti? Si crees que te ha estado utilizando, rompe con él. No tienes otra salida honrosa. Y en casos así, lo mejor es una salida honrosa. La única manera de serte fiel a ti misma. Elige otro hombre. No le mires el pasado ni el presente. Y no te ates con él al porvenir. Elige otro hombre, y abandónalo también al poco tiempo. Ese tiempo que necesitas para volver a ser tú misma. Tú misma.

EL NOTARIO.- ¡Maldita zorra!

LA MUJER.- (*De repente, repara en él, aunque necesita unos instantes de recuperación*.) Sé quién eres… (*Llega hasta él, muy enérgica. Le arrebata la careta*.) ¡Eres tú!

(*El notario la golpea. Ella cae al suelo*.)

(*Silencio. Él, tenso, jadeante. Ella, tranquila, en el suelo*.)

LA MUJER.- (*En el suelo. Con calma*.) Malos tratos…

EL NOTARIO.- (*Sofocado*.) ¡Me tiro por la ventana!

LA MUJER.- Hazlo.

 (*Sale el notario con apresuramiento. Ruidos de cristales. Un grito que se aleja, como si, en efecto, se hubiera arrojado al vacío.*)

LA MUJER.- Malos tratos.

 (*La mujer se retira a su ámbito privado. Se quita la ropa y se pone una bata. Se vuelve hacia los armarios giratorios. Abre uno de ellos. Aparece, acurrucado contra la parte interior de la puerta, el eslavo, que lleva el torso desnudo*.)

LA MUJER.- Volodia Ivanóvich. Me ha pegado. Aconsejado por un amigo suyo. Un amigo que se llama San Pablo. ¿Lo conoces?

EL ESLAVO.- (*Mueve la cabeza, pondera la magnitud de aquello*.) Sí.

LA MUJER.- ¿Tan malo es?

EL ESLAVO.- Muy malo.

LA MUJER.- Malos tratos.

EL ESLAVO.- Sí. (*Silencio*.) ¿Quieres que te cante?

LA MUJER.- Sí.

 (*La mujer hace sentarse al eslavo y se ovilla en su regazo*.)

EL ESLAVO.- (*Recita, no canta*.)

##  Tebia tak liubiat vse

 odin tvoi tiji vid

 vsej delaiet dobrei

 is zhizniyu mirit.

 No ti grustna, v tebe

 est’ strikoie muche’ye…

LA MUJER.- ¡Basta! (*Él calla. Ella se incorpora lentamente. De espaldas al público y al eslavo, parece mirar por una ventana*.) Fóllame.

EL ESLAVO.- Sí.

 (*Se miran. Ella se quita la bata. Queda en ropa interior. Con lentitud, el eslavo empieza a quitarse la ropa*.)